



*Creación
literaria* | UPA

Inspírate, crea y escribe.



MEMORIA DE SESIÓN PLENARIA

30 de noviembre de 2018

ÍNDICE

BLOQUE I Somos seres especiales.....	1
Biografía.....	2
Autobiografía.....	2
Solo.....	3
Preguntas.....	3
A través de sus ojos.....	3
El baúl de los recuerdos.....	4
BLOQUE II Escribir a partir de otras lecturas.....	6
La diferencia.....	7
Love Street.....	7
BLOQUE III Los objetos, fuente de inspiración.....	9
Luna.....	10
La bicicleta.....	10
BLOQUE IV Monstruos.....	11
Grem.....	12
El que habita en mí.....	12
BLOQUE V Cómo alimentar a las musas.....	14
Historias con zapatos.....	15
El escarpín atolondrado.....	15
Historias con espejos.....	16
Cambio de mirada.....	17
El viejo espejo.....	17
El espejo de mi vida.....	18
BLOQUE VI Historias de familia.....	19
Una tarde de carreras.....	20
El tesoro que me dejó mi tía Juanita.....	20
BLOQUE VII Binomios fantásticos.....	21
Cuervo-caos.....	22
Cuervo, amigo mío.....	22
Horca-televisión.....	22
El loco.....	22
BLOQUE VIII¿Quién tiene miedo?.....	23

El triunfo de Lucía	24
El miedo de Ifrakmazu	24
Miedo	25

BLOQUE I

Somos seres especiales



Biografía

Nací en Guadalajara, en un municipio llamado Zapopan. Soy el más chico de cinco hermanos. Mi padre es un operador de autobuses; mi madre ha sido ama de casa, desde que tengo memoria. Ella nos platicó que de joven fue enfermera lo que ayudó en mi nacimiento, pues el día que yo nací fue una sorpresa para todos. Mi padre había regresado recién de un viaje y mi mamá estaba tomando un baño cuando empezó la labor de parto. Mi padre, con la asesoría de mi mamá, fue quien me recibió. Solo llamaron al doctor de la familia para que hiciera el corte al cordón.

Diría que por eso soy de este modo: desde mi nacimiento luché y di complicaciones. Soy una persona que, con solo una sudadera y unos audífonos, puede meterse en un mundo en el que puede pensar y olvidar un poco el estrés. Me gusta pasar tiempo con mi novia. Disfruto escuchando música, conviviendo con mi familia y con mis amigos, aunque en algunos momentos prefiero estar solo.

Jesús Alberto Rivera Martínez

Autobiografía

Francisco Daniel había sido el nombre que mi padre, Francisco Gerardo, quería para su primer hijo, pero por suerte para mí, mi madre escogió Gerardo Daniel cuando vio por primera vez en sus brazos a aquel pequeño bebé con piel morena y pequeños ojos cafés entrecerrados: la personita que llegó al mundo el 30 de enero del año 2000 que, según se creía, sería el último para la humanidad.

Tuve una infancia feliz, rodeado de maravillosos compañeros de juegos a quienes conocía como mejores amigos, y crecí con un padre amoroso y verdaderamente orgulloso de los logros académicos y personales de su primogénito. Nunca me gustaba separarme de aquel padre que tanto afecto me daba. Eso hizo más dolorosa su partida cuando yo tenía solo doce años. Fue duro también para mis dos hermanos menores: Israel, que apenas cursaba tercer año de primaria, y Josué, quien aún estaba en brazos y aunque no entendía bien, podía ver a los adultos tristes y eso lo ponía triste a él.

Crecí esforzándome mucho en mis estudios para ser un buen ejemplo como hermano mayor. Y me gradué del Bachillerato Tecnológico N°168 como técnico mecatrónico con un buen promedio, en el 2018.

Toda mi vida he sido una persona sociable y no me cuesta entablar amistades. Mi padre me enseñó a no aferrarme a lo que no vale la pena, como cosas materiales o personas que no son de bien para mi vida. Me enseñó también que aquello que vale la pena es lo que más esfuerzo requiere; lo he aplicado en todo: trabajo, familia, novia, amigos y escuela, y así



he logrado llegar a donde estoy ahora, estudiando en la Universidad Politécnica de Aguascalientes y con una visión clara de lo que quiero para mí en el futuro.

Gerardo Daniel Nuñez Carreón

Solo

Te miro reflejado y pienso en tu cabello siempre despeinado, en tus ojeras por falta de sueño, en tu delgada complexión y en tus pequeños labios, pero algo pasa cuando me detengo en tus ojos, o más bien en tu mirada, ¡mi mirada!

Y es que justo ahí un sentimiento de incomodidad recorre mi cuerpo para, en seguida, preguntarme “¿Éste eres?, ¿quién eres?, ¿por qué eres quién eres?” Preguntas que me llevan a recordar lo que hiciste, las veces en que, desesperado, echaste a correr, y cuando te empujaron y caíste..., también cuando reíste acompañado o hasta cuando lloraste conmigo. Recuerdo cuando creíste en mentiras y también en verdades. Conozco tus miedos y por eso sé que muchas veces fuiste valiente.

Reflejo mío, solo tú sabes lo que he hecho, solo tú sabes quién soy yo.

Jonathan Aguilar Chairez

Preguntas

Si tan solo algo me importara, podría dejar la desidia.

Este mundo es complicado. No logro darme cuenta cómo lo hacen los demás: parece que todos pueden desear, tener o hacer lo que quieren solo con esforzarse y ser sumisos a una autoridad; algo que yo, ¡ni en sueños...!

Y aun cuando quiero salir adelante, ¿por qué siento que soy el único cuyo esfuerzo no sirve para nada?; no entiendo por qué me pasa esto... tal vez puede ser mi personalidad vacía y hostil que me hace parecer estancado. Me veo como un huraño e imprudente niño, inmaduro y solo.

¿Acaso será que necesito pensar diferente? ¿Acaso será que necesito aprender a descubrir mi valor?

Miguel Ángel Aranda Montes

A través de sus ojos

Esta chica que ves aquí, alta, delgada, algo despeinada, de ojos cafés a veces un poco melancólicos, ofrece siempre una sonrisa con hoyuelos bien marcados dibujados en su



cara. Una sonrisa que regala en todo momento, aunque por dentro esté peleando una gran batalla de la que no siempre sale victoriosa.

Este es el rostro de una joven soñadora que crea mundos nuevos y puede hacerte estremecer al escribir su sentir. Ella es tan honesta que puede contarte cuál fue su pérdida más grande y dolorosa, que la dejó hundida en un abismo del cual no salió por mucho tiempo. Su vida en aquel entonces fue oscuridad y una inmensa soledad. Te lo puede contar mientras las lágrimas recorren sus mejillas y tal vez, con un sollozo; puede decirte cuál es su miedo más profundo y ¿por qué no?, sus momentos felices, como su primer amor. Podrá recordar el momento en el que su padre regresaba a casa después de un largo viaje o el gran placer que le daba de niña dormir en la enorme cama de sus padres, ella en medio de los dos, sintiendo el acogedor calor.

También te compartirá cuando conoció a su mascota: ella tenía cinco años y desde entonces se convirtió en su mejor amigo y compañero de juergas, o podrá hablarte de aquella vez que jugó luchitas con su hermano mayor y terminó llorando solo para ser ella la ganadora de la batalla... eso y aún más tiene para compartirte. Gracias a estas anécdotas ella te deja ver su vida a través de sus ojos y de sentirla por medio de su piel.

Ella promete dejar un pedazo de su alma plasmado en cada uno de sus textos, haciéndote sentir todo tipo de emociones... vas a reír, llorar, enojarte, decepcionarte. Su vida es un libro que puedes abrir y leer; ahí encontrarás de todo un poco, pero sobre todo, honestidad y hasta cierto toque de frialdad en sus letras escritas. Al fin de cuentas te va a contar las cosas justo cómo pasaron, sin censura y sin importarle que puedas llegar a juzgarla puesto que ella es humana, como tú...y como yo.

Marisol Jiménez Gutiérrez

El baúl de los recuerdos

Quisiera abrir el baúl de los recuerdos. Pero ¿qué encontraría?

Tal vez tendría un árbol de guayabas bajo el azul cielo. Estaría mi abuelo sentado y cuidando de aquel guayabo; todos mis primos disfrutando de sus frutos y mis tíos riendo y cantando.

Podría encontrar migajas de un pastel de cumpleaños; me sería difícil identificar de qué evento fue, pues mi familia es muy grande y hay fiestas cada fin de semana.

Podría encontrar vestigios de aquel perfume roto, que sin querer mi hermano ¿nombre? y yo le rompimos a mi hermana ¿nombre?, la mayor, una tarde. Ese día fue como los demás; mientras ella estaba en la escuela, nosotros nos quedamos a jugar en la casa.



También podría encontrar películas Beta, VHS y hasta DVD's del cine que marcó mi infancia: Disney, dinosaurios y otras de mi adolescencia, cuando veía cine de arte, de esas películas que muy pocos disfrutan ver conmigo. Y si tengo suerte, tal vez, en esas películas viejas encuentre restos de palomitas que nunca faltaban.

Si yo pudiera abrir el baúl de los recuerdos encontraría fotografías de los viajes que he hecho. Algunas, de las tradicionales vacaciones en la playa con toda mi familia, o las de los paseos por México o las más recientes, en otros países.

Tal vez encuentre las notas escritas de mi esposo, quien me las daba cuando aún éramos novios. Es probable que encuentre la ternura de su mirada en las letras y en su mensaje, aquellos planes que hoy son realidades.

Lo que seguro encuentro, en ese baúl de los recuerdos, son los besos de mis padres; la sabia palabra de mi mamá que continuamente me guía y el amor de mi papá que siempre me acompaña; y encontraré todo su ser que día tras día me regalan.

Mtra. Susana Vázquez Vallín, PTC



BLOQUE II

Escribir a partir de otras lecturas



La diferencia

Inspirado en el poema No te detengas, de Walt Whitman

Hay una manera especial,
una manera de demostrar lo que somos
y dar a conocer lo que podemos ser,
a nosotros mismos y a los demás.

Somos luz para cada persona,
somos una luz de esperanza,
aunque podemos estar alumbrando,
pero no de la manera correcta.

Hay grandeza en las cosas pequeñas
y hay cosas pequeñas en ti,
que pueden ser grandes.

¡Somos lo que hacemos por nosotros!
pero sobre todo,
somos lo que podemos llegar a ser por los demás:
La diferencia.

Justino García Plascencia

Love Street

Inspirado en el tema musical Love Street – The doors

En una gran ciudad de Estados Unidos había una casa en venta que ocupó el joven Jonathan, quien trabajaba cerca de allí.

En una de las ocasiones en que volvía de su trabajo se encontró con una chica llamada Mónica que vivía en Love Street. Desde entonces se volvieron muy buenos amigos aunque él siempre tenía por ella un sentimiento de amor.

Pasaron las semanas. Jonathan iba cada vez más a la casa de Mónica a visitarla.

Los vecinos de Mónica estaban también muy enamorados de ella porque consideraban que era muy hermosa. Como de broma, Jonathan les dice que los tenía bajo su control y que parecían monos.

Jonathan estaba caminando para su casa pensando en Mónica y se decía lo siguiente: Ya ha pasado un año desde que te conocí y ahora estoy más seguro que te gusto yo a ti.



Jonathan siempre tenía el recuerdo de la primera vez que la vio con su vestido rojo. Para él fue como ver un arcoíris.

Un día que Jonathan iba a la casa de Mónica, estaba comenzando a llover. Llega a casa de la muchacha, toca a su puerta, enseguida ella le abre con alegría, lo deja pasar y se sientan en su sala. Le prepara un café para que puedan platicar mejor. Después de una larga plática, mientras observaban caer la lluvia, Jonathan le da un beso a Mónica. Ella le confiesa a Jonathan lo que sentía por él y que desde hace mucho también estaba enamorada pero tenía miedo de lo que podría pasar si se lo decía.

Desde ese beso en un día lluvioso Jonathan y Mónica se hicieron novios, se casaron y vivieron muy felices juntos.

Guillermo Carlos López Rostro



BLOQUE III

Los objetos, fuente de inspiración



Luna

Luna: una palabra que, para mí, es muy curiosa. Como la luna nueva que se asoma tímidamente al cielo despejado. La luna ha acompañado gran parte de mi vida. Cuando era chico, solía subir hasta lo más alto de mi casa para poder observarla. A veces, grande y deslumbrante. Otras, sólo se vislumbraba una pequeña parte de su superficie a causa del cielo nublado. En esos días me quedaba impresionado al ver cómo por más nubes que acapararan el cielo, la luna siempre estaba ahí, iluminando. Durante la luna nueva, realmente me quedaba anonadado. Casi no se podía apreciar la luna, a pesar de que hubiera un cielo completamente despejado. Empero, la luna no me dejaba en tinieblas.

Cuando fui un poco más grande, reflexionando sobre el fenómeno de la luna, me percaté de que había una similitud entre ella y las personas. Todos tenemos grandes momentos, como la luna llena en un cielo despejado. Hacemos notar nuestra presencia a pesar de los obstáculos que hay, al igual que la luna que se vislumbra a través de las nubes. Y lo que realmente nos hace nosotros, es nuestra alma, nuestros actos, nuestras ideas; como la luna nueva, que no deja en completa penumbra a la noche, aunque no la veamos.

Juan Eduardo Hernández Mora

La bicicleta

La alegría llega de los recuerdos por aprender a mantener el equilibrio en la bicicleta. La práctica inició con un heredado triciclo azul que tuvo una lamentable pérdida: como resultado de aventuras pasadas, perdió una de sus veloces y desgatadas llantas.

El especial vehículo fue remplazado por un nuevo corcel blanco, majestuoso y veloz, que requirió de tiempo e inteligencia, para ser dominado, entre caídas, golpes, raspones, llantos mudos... El esfuerzo de cada pedalear fue la energía que movió esa divertida e incipiente pasión por la libertad.

¡Cómo disfruté la recompensa de dominar mi noble y grandiosa bicicleta! Aún recuerdo con claridad, aquel inicial y doloroso recorrido, apoyado en el antebrazo derecho contra la pared, ante las miradas de asombro y gestos de dolor de los “vaguillos” más alegres de la calle de la infancia.

Dr. Alejandro Melchor Ascencio, PTC



BLOQUE IV

Monstruos



Grem

Su nombre es Grem. Su edad, desconocida, pero siempre que le preguntan dice tener 25 años. Vive en Teverlif, la capital de Ulark, con sus dos hermanos. Asesino, armero y dibujante. Pistolero y espadachín experto; sus armas favoritas son dos mágnams que siempre tiene consigo.

Le gusta dibujar personas. Su inspiración es el sufrimiento y la desgracia de sus víctimas. Aunque gana bien como armero, se siente infeliz la mayor parte del tiempo porque ninguna de las muertes le da la inspiración necesaria para hacer su mejor obra. A él no le gusta el chocolate ni las cosas dulces.

Cuando está en la armería, su vestimenta es un pantalón cómodo, botas gruesas, sudadera verde, cubre bocas y guantes. En su día normal usa un traje tipo victoriano con una camisa blanca y capucha que se abrocha desde los hombros y da movilidad a sus brazos. También utiliza una máscara blanca. Las únicas personas que lo han visto sin ese traje y máscara son sus dos hermanos.

Su meta en la vida es dibujar a la mujer perfecta a través de sus víctimas. Antes de matarlas las observa fijamente sin que se den cuenta y cuando ellas se percatan, entonces Grem se muestra amigable ya que en esos casos no usa la máscara sino un cubre bocas blanco para ganar su confianza. En el instante menos esperado las asesina y de sus cuerpos toma lo más atractivo de cada una. No se detendrá hasta plasmar, según sus ojos, a la mujer perfecta.

Josabad Zurizadai Campusano Saldaña

El que habita en mí

Me miraba fijamente con sus ojos negros, negros como el vacío; su respiración pesada, pesada como el concreto. Su parada era peculiar: cabeza ladeada, ligeramente encorvado; caminó sin dejar esta postura. Se acercaba. Intenté correr y dejarlo atrás, pero no podía; aún me miraba. Era horrible. Su respiración taladraba mis tímpanos. Comenzó a inundarme un olor rancio, desagradable; tan penetrante que no importó cuánto perfume echara, aún olía a perdición.

El reloj comenzó a jugarme una mala broma, se burlaba de mí, me gritaba cada segundo, quería volverme loco... Salí huyendo de mi departamento. Me tomó por sorpresa la noche, tan fría, tan vacía, tan solitaria. Esa noche quemaba y congelaba. La luna parecía sonreír. Me dediqué a seguir su camino. Me llevó a una calle llena de espejos: me detuve en uno y ahí estaba de nuevo él: esos ojos, esa postura, esas manos... manos que merecían ser quemadas, pero, al contrario, ahí andaba él, dejando su rastro escarlata. Le tenía miedo; no me dejaba en paz; no podía escuchar mis propios pensamientos sin antes escuchar su



voz. Me volví paranoico. Corrí, grité para dejar de escuchar su maldita respiración, respiración que nunca me dejó solo. Creí que aún venía detrás de mí; giré la cabeza y no lo vi. Pasé uno, dos o tres segundos en negro total, y de nuevo ahí, él, expectante, horrible, con sonrisa grotesca. No podía seguir huyendo más; él siempre me encontraría. Si volteaba atrás no lo vería, él siempre estaría frente a mí. Tenía que dejarlo ser y dejarlo salir, pues...ambos somos uno porque él...él soy yo.

Maity Grisell Campos Aguilar



BLOQUE V

Cómo alimentar a las musas



Historias con zapatos

Mi abuelita paterna tiene muchas historias. Siempre tiene algo que contar; pero hay una anécdota en particular que trata de unos zapatos.

Cuando ella era una niña de alrededor de once años, su hermana mayor mandó a elaborar unos zapatos. En ese tiempo, no había zapaterías en el pueblo y todos los zapatos eran sobre pedido. Los zapatos se encargaron con motivo de la feria del pueblo que sería muy pronto. Cuando estuvieron terminados, a Margarita— que así se llamaba su hermana—, no le gustaron, y para no verse obligada a usarlos, convenció a mi abuelita de que se quedara con ellos, con el fin de mandar a hacer otros más vistosos para ella.

Mi abuelita, que era más pequeña y guardaba la ilusión de tener zapatos, aceptó sin dudarlos; sabía que no eran de su número, pero eso no sería problema, puesto que con el uso “los amoldaría”. Cuando llegó a su casa, que no estaba muy lejos del pueblo, se midió los zapatos y se dio cuenta de que su pie era mucho más ancho que estos. Pensó que si se amarraba un pedazo de tela lo suficientemente apretado, no sería difícil hacer entrar el pie. Después de hacer eso, usó los zapatos en repetidas ocasiones, ¡ahora sí, no asistiría a la feria descalza! El día de la feria llegó, tomó sus zapatos y caminó descalza hasta la entrada del pueblo, ahí se lavó sus pies y se los puso. Entró a misa con los zapatos puestos pero le fue imposible salir con ellos. Fueron tantas las ampollas que se le habían hecho mientras los amoldaba, que no los soportó. Al salir, su hermana la vio descalza y la mandó a casa de su tía para que se quedara allí, pues ella no estaba dispuesta a andar con mi abuelita descalza, ese día tan especial.

Amelia Udave Villalpando

El escarpín atolondrado

Con las prisas y la posibilidad latente de no llegar a clase aquella mañana en la que el despertador no sonó, o quizá ignoré, recuerdo haber tomado los zapatos negros que estaban debajo de mi cama, terminar de arreglarme y salir corriendo para alcanzar el transporte. Al correr de mi casa a la parada del camión, sentí que algo no estaba bien; no obstante, no le di importancia, pues el único objetivo era llegar a clase.

Durante toda la mañana mientras estaba en clases, seguí con la misma sensación de que algo estaba mal; incluso podía sentir incomodidad en las piernas al caminar y mis amigos decían que caminaba raro; sin embargo, continué ignorando todas las molestias.

En la hora del almuerzo respiré profundamente, y decidí investigar el motivo de todas las percepciones de ese día. Entonces, cuando por un instante observé mis pies, no pude contener las carcajadas. Mis amigos, al escucharme reír, preguntaron ¿qué te sucede?,



pero no podía decirles nada: simplemente, señalé mis pies. Ellos, sin entender lo que pasaba y sin percatarse de algo inusual, me veían intrigados. Después de unos momentos, les expliqué todo: esa mañana por quedarme dormida y hacer todo a la carrera tomé dos zapatos, que, aunque eran parecidos y del mismo color, resultaron de diferentes pares. La suela no era del mismo tamaño y provocaba que caminara con un casi imperceptible rengueo, que, a su vez, ocasionaba dolor en mis piernas.

Después de la explicación, no paramos de reír por un largo tiempo. Actualmente seguimos recordando la anécdota y nos parece que el tiempo no ha pasado.

Dra. Rebeca Leal Romero, PTC

Historias con espejos

Lo primero que hacía cuando me situaba por primera vez en algún lugar, era juzgar a las personas. Ni siquiera el lugar me detenía, podía ser una iglesia o un mercado. Su vestimenta, su tonalidad de piel, buscar algún parecido físico con algo gracioso u ofensivo. No me detenía ni siquiera a mirarlas bien. Treinta segundos bastaban para que yo diera un veredicto: si era o no de mi agrado; o si, simplemente, me era indiferente.

Desolada, con un vacío emocional, espiritual y carente de amor propio, me dediqué a tejer pensamientos dañinos, ególatras; podría decir que incluso psicópatas. Sin ser consciente de ello, se volvió parte de mi rutina de vida. Cuando sentía que no podía caer más hondo, llegó a mí, en un día cualquiera, un espejo. Un espejo marca Rivera-Prado. Al principio lo miré con asombro, sonreí discretamente; después, acercándolo más a mí, lo vi feo, me disgustó lo que proyectaba; me sentí atacada y humillada por no ser ingeniera o mínimo, alguien con una carrera terminada. Desvié la mirada, no pude sostenerla: el reflejo era más fuerte que yo y él lo sabía. Me vacilaba, me decía que tenía la apariencia del zombi de Freddie Mercury. Decidí esconderlo en un cajón con la esperanza de nunca necesitar de él.

Al paso del tiempo, empecé a verlo con más frecuencia. Unos días lo miraba grandioso, me gustaba lo que proyectaba, en otras ocasiones lo veía lleno de ego, de dolor, vivía escapando de su realidad. Cuanto más acercaba mis ojos, más me veía reflejada; podía ver más allá de la pupila, lograba ver mi alma desnuda, sin ego, sin miedo. Podía ver un ser necesitado de amor. Fue tanta mi obsesión por verme reflejada que dejé de mirar a las personas; solo veía mi reflejo y cada día me descubría, lo veía más hermoso, más radiante, más humano.

Empecé a despertar y noté que lo que criticaba de las personas, era lo que no me agradaba de mí. Me di cuenta de que el espejo, ¡ese espejo! me había mostrado un lado de mí, que evitaba enfrentar. Así que se lo conté. Lo tomé fijamente y situándolo frente a mi rostro le dije ¿quién eres tú que viene a enfrentarme? Se sonrió y me dijo: soy tu reflejo, tú y yo



somos un espejo. Lo que me molesta de mí, lo veo en ti y lo que amo de ti, tú lo amas en mí. Sonreí, lo abracé, y dándole un dulce beso en la frente entré en un enorme estado de gozo.

Azucena Brand Galindo

Cambio de mirada

Aún recuerdo todas esas noches en las que veía mi reflejo en aquel enorme espejo de mi habitación y cada vez que lo miraba comenzaba a hacer una lista mental de todas las cosas que no me gustaban de mí. Cada detalle, desde mi apariencia y hasta mi forma de ser. La verdad era que nunca me había agradado, ni me gustaba nada de mí.

Noche tras noche me mentía a mí misma diciendo que era una simple crítica constructiva; poco a poco fui notando pequeños cambios en mi actitud, que brotaban solos, sin forzarlos; quería ser distinta mas no me gustaban los cambios que estaba presentando.

Una noche decidí modificar la dinámica, y mientras observaba un video, descubrí que lo mejor para aumentar mi confianza era, cada mañana, frente al espejo decir todas mis cualidades y cosas positivas.

Me sorprendí gratamente al descubrir que mi actitud empezó a ser diferente y me sentía mucho mejor. Ya no tenía aquella particular presión en mi pecho. A partir de ese momento, todos los días sin falta, le digo a mi reflejo que todo estará bien, y un nuevo día comienza.

Citlalli Alessandra Martínez Belmares

El viejo espejo

Existe un peculiar espejo en la habitación de mis abuelos, con manchas permanentes y algunos rayones en ciertas partes. Cada vez que lo miro me causa algo: duda, misterio y una sensación de soledad. Siempre me pregunto qué rostros se han visto reflejados en él, o qué experiencias tendrá para contar.

Todo se lo guarda para sí mismo, pero revelo su contenido al remover esa película de polvo que mes tras mes atrapa en su superficie. Ahí es cuando comienza la magia: se acerca mi abuela, toma un peine color marrón, desgastado y curvo, y comienza a peinar su cabello plateado, y al terminar, se lo guarda.

Mi abuelo, por el contrario, ni siquiera lo mira; pasa frente a él con su faz recta, pero con su espalda día a día más encorvada. Pasan una y otra vez, hasta que la piel de ambos parece desprendérseles de los huesos.

Roel Zurisadai Sierra Pérez



El espejo de mi vida

Recuerdo mi infancia en la que el espejo fue uno de los primeros juguetes; corría, me alejaba y me acercaba, y me causaba risa y asombro ver cómo se reflejaba mi figura. Conforme pasaba el tiempo y yo iba madurando, deseaba que la imagen proyectada fuera una fotografía, que detuviera el tiempo, pues en esa etapa todo era juego, alegría y felicidad.

Al entrar a la adolescencia, me di cuenta de mi personalidad. Empecé a preocuparme porque el espejo no reflejaba lo que yo quería ver, es decir, el prototipo de un hombre apuesto. Admito que mi autoestima bajó, pues percibía que no era atractivo para las mujeres. La timidez, por ejemplo, no me dio la oportunidad tener más amigas; e incluso llegué a pensar que mi vocación entonces debería ser el sacerdocio.

En la etapa de la juventud, volví a ver a esa persona reflejada en el espejo, y me inspiró para luchar por la vida, pues valoré su ánimo, su coraje, su capacidad, y sus grandes deseos de sobresalir. Cuando me habló por primera vez una mujer con fines de amistad— supongo—, comprendí que no era tan feo como yo creía y comencé a poner más atención a mi persona.

Recuerdo con agrado a un compañero de la carrera, pues cada vez que pasaba delante de un espejo, decía “¡ay, cabrón, tan feo!”. Gracias a él comprendí que mi situación no era tan mala como yo la veía, pues él ahora “descansa en paz”.

Cuando vuelvo a mirarme en el espejo, la primera pregunta que me viene a la mente es: ¿Qué he hecho de mi vida? Hasta ahora no tengo la respuesta, o quizá mi inconsciente no quiera contestarla, pero tengo un nudo en la garganta pues siento que le debo mucho a la vida.

Mi anhelo es que al mirarme por última vez en el espejo, haya realizado todo lo que me propuse. Por eso hoy quiero romper barreras; quiero correr y si es posible, volar.

Mtro. Juan Carlos Herrera Hernández, PTC



BLOQUE VI

Historias de familia



Una tarde de carreras

Recuerdo que un domingo, mi padre, mi hermano, mi abuelo y yo, hicimos planes para ir a las carreras, para pasar un rato juntos y conocernos más, ya que no teníamos mucho tiempo para eso.

El día estaba muy soleado, y eran casi las 2 de la tarde. Los cuatro estábamos listos para irnos, en la puerta de la casa de mi abuelo, que quedaba por el centro de la ciudad. Todo marchaba bien cuando de repente el cielo comenzó a nublarse y empezaron a caer las primeras gotas de lluvia.

Los cuatro nos comenzamos a reír porque sabíamos que ya no iríamos a las carreras ya que la lluvia cada vez aumentaba más, hasta transformarse en una gran tormenta. Sin más nos volvimos a meter a la casa de mi abuelo, nos tomamos una taza de café y comimos unas ricas galletas de coco. Lo pasamos realmente bien, a pesar de que eso no lo teníamos planeado.

Estuvimos más de dos horas. Después, satisfechos y muy contentos, regresamos a nuestra casa.

David Marmolejo Gil

El tesoro que me dejó mi tía Juanita

Casi todos los días veía con admiración a aquella viejita de baja estatura, con notables arrugas en su cara, que marcaban el pasar de los años, y con su pelo casi blanco, peinado siempre con dos trenzas.

Ella siempre hacía algo diferente. En ocasiones, alimentaba a sus aves; otras veces, daba paseos al aire libre, pero lo que más me sorprendía, era cómo cuidaba su jardín, ya que ella lo podaba con mucha regularidad y caminaba largos trechos para llevarle agua a sus plantas.

Muchas veces, yo me acercaba para ayudarle, mientras tratábamos de tener una plática entre los dos, pero aquello resultaba imposible, dado que mi tía era casi sorda. Eso no me molestaba y siempre dejaba que ella me contara sus relatos de joven y le permitía que me transmitiera un poco del amor que tenían sus historias.

Sin duda, mi tía Juanita me dejó tres grandes tesoros: el primero, “haz con pasión lo que te gusta”; el segundo, “las cosas sencillas suelen ser las más valiosas”, y el tercero, “sin importar la situación en la que te encuentres, puedes hacer lo que realmente amas”.

Juan Carlos Zermeño Beltrán



BLOQUE VII

Binomios fantásticos



Cuervo-caos

Cuervo, amigo mío

Existe la costumbre de relacionar animales con un significado más grande que ellos mismos. Por ejemplo: La paloma como una representación de paz. Pero no siempre se trata de aspectos positivos: si ahora hablamos del caos, ¿qué animal lo representa? Por alguna razón que desconozco, el cuervo. Puede ser por su color, o tal vez por influencia de Edgar Allan Poe, quién sabe.

Lo que pienso es que el cuervo ha tenido mala suerte y lo hemos juzgado mal, lamentablemente para él. ¿Qué culpa tenía el cuervo de que, momentos después de que volara sobre esa casa, se incendiara? El cuervo no provocó eso, sino el descuido del señor que se quedó dormido y no apagó la estufa. ¿O qué culpa tuvo cuando ese famoso empresario perdió su fortuna justo al día siguiente de haber soñado con un cuervo? A mí me parecen desafortunadas coincidencias, nada más.

Así que, cuervo, puedes estar tranquilo conmigo; sé que no tienes la culpa de todo eso. Eso sí, si algún día te paras cerca de mí, correré, pero no por ti, solo por si las dudas.

Juan José Torres Iñiguez

Horca-televisión

El loco

Flotan burbujas de mi cabeza.

Flotan y explotan arriba.

Este viento parece agujas

y en la tele solo veo maniqués,

hombres de barro, historias desechables,

títeres y titiriteros.

Esta macabra horca es tan intangible

¡y a la vez tan dañina!

Me expuso a la cordura tanto tiempo

que me volví loco.

José Diego Cruz Sánchez



BLOQUE VIII

¿Quién tiene miedo?



El triunfo de Lucía

Lucía era una joven de 20 años. Estaba en el último año de la carrera de psicología. Disfrutaba con su trabajo y estudio, y no le importaba si terminaba cansada al final del día. Lucía vivía con su mamá desde que su papá falleció ahogado en la playa. Desde entonces a ella no le gustaba ir a lugares donde hubiera agua.

Cuando cumplió los 21 su mamá la llevó a Cancún, para que superara su miedo y pudiera vivir feliz sin seguir pensando en ese terrible suceso.

Al llegar a Cancún, Lucía se sintió muy confundida al ver que su mamá la había llevado justamente al lugar que más miedo le producía. Se enojó por un largo rato con ella hasta que se puso a pensar que fue lo mejor: así podría superar la fobia que tenía.

La noche de ese primer día, salió a caminar a la orilla del mar. Se encontraba llorando al recordar la muerte de su papá. En ese momento llegó su mamá y las dos entraron al mar. Lucía por fin venció el más grande miedo y experimentó la tranquilidad de tanto anhelaba.

Dannahé León Guillén

El miedo de Ifrakmazu

Estaba meditando sobre mi pasado en una de las habitaciones más tranquilas de la mansión, cuando recordé un miedo que tuve hace catorce años. Antes tenía miedo de hacer nuevos amigos; en aquel tiempo prefería estar solo antes que conocer a alguien más, ya que cuando conocía una persona nueva y se hacía cercana a mí, moría al poco tiempo. Ya no quería ser la causa de la muerte de aquellos camaradas que formaban algún lazo conmigo, entonces tomé la decisión de no relacionarme con los demás y hacer de lobo solitario durante el resto de mi vida.

Pasaban los meses y yo sentía cómo se quebraba dentro de mí, tal vez mi alma o quizás mi corazón; la soledad era algo que no soportaba, hasta que conocí a un extraño que se hacía llamar Tormento. Él me dio la solución a mi problema: me regaló un amuleto, el cual evitaría las muertes de mis futuros amigos. Le agradecí por lo que había hecho por mí, aunque dudaba que ese colgante funcionara. Pero para mi sorpresa cuando hice un nuevo amigo, él no murió. Desde ese día tuve más confianza y no dejó de cargar el gran regalo que me dio Tormento.

Ángel Eduardo Villaseñor Flores



Miedo

El miedo es una emoción caracterizada por una intensa sensación desagradable, provocada por la percepción de un peligro, real o supuesto; pasado, presente o futuro.

Es importante identificar las reacciones que provoca esta emoción y cómo actuar para superarlo.

Durante el transcurso de nuestra vida hemos logrado vencer distintos miedos, por ejemplo: miedo a la obscuridad, a las alturas, a las arañas, a los perros, a los gatos, entre otros.

¿Alguna vez has sentido miedo?

María es una niña de siete años; es delgada, de cabello castaño, con ojos grandes. Consentida por sus padres y sus hermanas, ella es el centro de atención de la familia; sin embargo, tiene una característica en particular: tiene miedo a los a gatos.

En un momento está muy bien pero todo cambia cuando llega la gata; entonces se refleja la angustia y comienza a brincar sin control; los gritos aumentan cada vez más, y de repente, aparecen lágrimas, hasta el momento de enfrentar su miedo con ayuda de su familia.

Dra. Karina Elizeth Armas de Santos, PTC

